

ESPERANZA VERDAD Y COMPROMISO

“Tenemos una multitud de empresarios, especuladores y bandidos financieros que han convertido en salvaje un mundo de desigualdad y horror. El hambre no ha sido cosa del destino desde hace mucho tiempo. Mas bien hay un asesinato detrás de cada víctima.

Es un silencioso asesinato en masa, causado por la monopolización de la Tierra por parte de los ricos y por la violencia estructural de las multinacionales” (Jean Ziegler, enviado de Naciones Unidas para asuntos alimenticios, al diario austriaco Kurier am Sonntag. Abril de 2008)

“La explosión de los biocombustibles, la especulación en los mercados de materias primas y los subsidios de las explotaciones en la Unión Europea y en Estados Unidos convierten a los países occidentales en responsables de la hambruna que afecta a los países pobres” (Jean Ziegler)

“El economista británico Paul Collier, antiguo oficial del Banco Mundial, ha publicado un libro cuyo título es “El club de la miseria” (editorial Turner). Distingue él entre países en desarrollo y países que ni crecen ni avanzan. Estos, en número de 58, son los que constituyen el club de la miseria. Ello se debe a que han quedado atrapados en alguno o en varios de los cuatro cepos que él enumera: conflictos violentos, recursos naturales valiosos, falta de salida al mar y mal gobierno.

Paradójicamente, afirma, el descubrimiento de recursos naturales valiosos en un contexto de pobreza se convierte en una trampa. Cita entre otros a Nigeria, Chad, Angola e Irak”. (Tomado de la revista “Vida Nueva”, nº 2610, abril de 2008)

*“Naciones Unidas ha detectado el peligro inminente de un “tsunami silencioso” que amenaza con arrasar el mundo entero y crear de golpe 100 millones de pobres. **El hambre amenaza con hacer estallar la III Guerra Mundial.** Sería guerra, porque miles de personas han tomado ya las calles y ha provocado muertos (6 en Haití, 40 en Camerún, 2 en Costa de Marfil, cinco en Egipto, 6 en Mozambique). Y sería mundial porque ningún continente queda completamente a salvo. El alza de precios de productos básicos es un fenómeno permanente y, por tanto, los disturbios no han hecho más que empeorar. Robert Zoellick, presidente del Banco Mundial, lo ha dicho públicamente: la guerra del hambre amenaza con causar inestabilidad en 37 países. Los expertos coinciden en los motivos que explican el alza de los alimentos: el precio del petróleo, el uso de alimentos para bio-combustibles, la sequía prolongada en países productores clave (como Australia), el crecimiento de gigantes como China e India, que ahora consumen más, la especulación que ha convertido a los alimentos en un valor de alta rentabilidad, las medidas proteccionistas para limitar exportaciones. Concluye Stamoulis, alto cargo de la FAO: Estamos pagando ahora las consecuencias de haber ignorado la agricultura durante muchos años”. (Pere Rusiñol. El País. 28 de abril de 2008)*

“Las empresas de seguridad privada han permitido a EE UU doblar sus efectivos en Irak y han estado en el centro de algunos de los peores episodios de violencia. Sin estos mercenarios EE UU no podría continuar con la ocupación.

Actualmente hay en Irak más de 170 empresas de mercenarios. La cifra es casi equivalente

a la de los países de Naciones Unidas. Sin duda hay un esfuerzo para minar el poder de los Estados y la amenaza es especialmente importante para los Estados débiles.

Los países ricos pueden reclutar a pobres de todo el mundo y utilizarlos como carne de cañón para conquistar naciones débiles.

Los gobiernos no van a necesitar más a su pueblo para luchar; sólo se requiere dinero. La guerra se convierte en negocio". (Jeremy Scamhill, en su libro "Blackwarwe. El auge del ejército más poderoso del mundo". Editorial Paidós)

La única buena noticia de las últimas semanas (en relación con Zimbabwe) se produjo el sábado (24 de abril) cuando Angola se negó a permitir el desembarco en Luanda de un cargamento de 77 toneladas de armas chinas con destino a Zimbabwe (rifles de asalto, morteros, granadas y tres millones de rondas de munición ligera) y Pekín ordenó el regreso a China del barco de la vergüenza como se le bautizó en África meridional. (La mala fama de África. Carlos Mendo. El País. 2 de mayo de 2008).

*"Las Naciones Unidas encarnan la aspiración a un grado superior de ordenamiento internacional, capaz de responder a las demandas de la familia humana mediante **reglas internacionales vinculantes y estructuras capaces de armonizar el desarrollo cotidiano de la vida de los pueblos.** Esto es más necesario aún en un tiempo en que experimentamos la manifiesta paradoja de un **consenso multilateral que sigue padeciendo una crisis a causa de su subordinación a las decisiones de unos pocos, mientras que los problemas del mundo exigen intervenciones conjuntas por parte de la comunidad internacional**". (Benedicto XVI, Discurso a las Naciones Unidas el 18 de abril de 2008)*

Sin duda, a más de un lector le habrá parecido paradójico que nos propongamos hablar de esperanza y hayamos comenzado ofreciéndole los textos que anteceden. Pero es que para ningún problema humano puede haber solución si no se parte de la verdad; sin un buen diagnóstico no cabe curación de ninguna enfermedad.

En efecto, puede forzarse a la razón a que enmascare los hechos y a que busque excusas para eludir responsabilidades. Pero, al final, la verdad siempre se yergue sobre la mentira.

Y la verdad hoy es que somos una sola sociedad mundial, y que en esta sociedad mundial los ricos y poderosos despojan, esclavizan o eliminan a los pobres y débiles, sean grupos, naciones o continentes para lo cual se necesita recurrir constantemente a la violencia (recuérdense los 3.000 millones de dólares que se gastan diariamente en armamento a lo largo y ancho de nuestro mundo).

Verdad contrastada también es que en este expolio del mundo las naciones del llamado Mundo Occidental (con la nación hegemónica a la cabeza) son, por ahora, las protagonistas y beneficiarias; pero, en la misma línea de confrontación y vampirización de recursos, van apareciendo como actores de relieve otras naciones (China, India, Brasil, Sudáfrica, etc.) con gran capacidad también defensiva y ofensiva.

Verdad experimentada es asimismo que el planeta que habitamos no da de sí para que los millones de personas que en él vivimos, lo hagamos al nivel de derroche de los "países de occidente"; lo que en buena lógica lleva (como de hecho está sucediendo) a la necesidad de eliminar como carga inútil a millones de personas.

Por lo demás se impone reconocer que el desarrollo científico-técnico está al servicio de los ricos y poderosos (Por ejemplo, no se erradica la malaria entre los pobres, pero se pueden hacer maravillas entre nosotros para llevar a cabo operaciones quirúrgicas a bebés en el vientre de la madre o, simplemente, para que nuestro cuerpo se conserve bello).

Como afirman algunos de los textos arriba citados esto es la guerra, puesto que el instinto de supervivencia, que le lleva a luchar contra todo y contra todos los que le impiden vivir, es innato a todo ser vivo. Por naturaleza nadie se resigna sumisamente a que le maten.

¿Tiene, sin embargo, remedio esta situación? Pero **antes desmontemos algunas salidas falsas**. Sea la primera la de quienes afirman, tratando así de librarse de su propia e intransferible responsabilidad, que la solución está en manos de los dirigentes de las naciones (políticos, principalmente), sin caer en la cuenta al servicio de quién están y qué presiones reciben (recuérdese, por ejemplo, que en Bruselas, en los órganos de la Unión Europea, hay 15.000 "lobbistas" pertenecientes a 2.500 organiza-

ciones dedicadas a defender los intereses del amplio y variado entramado de las empresas multinacionales).

Otros, aturdidos, cierran los ojos y se dedican, sobre todo entre nosotros, a sacar el mejor partido posible de la situación; olvidándose de los desheredados e incluso (algunos con harto dolor, hay que reconocerlo) del porvenir de las futuras generaciones en las que se encuentran sus hijos. Entre nosotros contribuyen generosamente a este aturdimiento (aparte de numerosos medios de comunicación) los dirigentes políticos que legislan más a favor de las pasiones y caprichos de sus súbditos que a favor del bien común de todos y de los derechos básicos universales. (No repetimos lo de la vivienda, el trabajo, la sanidad, la educación, etc.)

Otros, que se sienten de algún modo responsables pero que son conscientes de la amplitud y gravedad de la situación, **intentan “hacer algo”**, sin pararse a hacer un análisis serio y profundo de la situación. Son los limosneros de las ONGs y, sobre todo entre cristianos, quienes se sienten satisfechos con ayudar “a los que tienen cerca”, pensando que, si todos hiciesen lo que ellos, los problemas estarían resueltos. Estos grupos ni siquiera han atisbado la fuerza del orden institucional y estructural que han creado los poderosos. No negamos, ciertamente, la necesidad de ser solidarios con los cercanos; lo que afirmamos es que esto solo es insuficiente y muchas veces contraproducente, sobre todo, si con ello ya tranquilizamos la conciencia y enmascaramos la responsabilidad propia y comunitaria de la sociedad de ricos en que vivimos.

Por supuesto, tampoco es ninguna salida el fomento o el uso de la violencia contra los demás, que, aunque pudiera parecer útil a corto plazo, siempre es contraproducente a medio y largo plazo y sólo logra agravar o perpetuar las situaciones de injusticia, ya que siempre el violento que logra acumular mayor poder acaba sometiendo a los demás. Y ello, aun comprendiendo como decíamos más arriba que la causa de la violencia de los pobres y excluidos son principalmente los ricos y poderosos.

La perpetuación de la injusticia entre naciones nos ha llevado, como no podía ser de otra manera, a la loca, cruel y costosísima carrera de armamentos; carrera de armamen-

tos que, desde luego, no es una de las últimas causas en la creación de pobreza.

Solución absurda es igualmente, como se está poniendo clamorosamente de manifiesto a partir de la guerra de Irak, la imposición, por parte de un determinado país o de un reducido grupo de países con vocación hegemónica, de un “orden mundial” hecho a medida de sus intereses y voluntad. *“La subordinación a las decisiones de unos pocos”* ya no es de recibo en la sociedad mundial actual.

Dos son, a nuestro entender, los caminos de solución a la trágica situación del mundo, que ya en otras ocasiones hemos comentado: crecimiento interior de la persona humana y lucha contra las estructuras injustas. Crear el sujeto del cambio y modificar las reglas de juego de las relaciones internacionales, hoy injustamente estructuradas. Lograr personas que se sientan fraternalmente ciudadanos del mundo y acabar con los privilegios y discriminaciones entre los pueblos y naciones

Entendemos por crecimiento interior de la persona la salida (éxtasis) del cerrado cascarón de su egoísmo individualista para llegar al gozoso descubrimiento de que la vida y la felicidad sólo son posibles en la medida en que son compartidas con los demás. **Pasar del “yo” al “tú” y en diálogo de amor devenir en la comunión del “nosotros”. Y extender el “nosotros” a la totalidad de las personas humanas;** de manera que nos lleve a todos a no hacer nada, al menos conscientemente, que pueda perjudicar a alguien en cualquier parte del mundo, a atemperar nuestro modo de vida y nuestro disfrute de los bienes al compás del caminar y de las necesidades de todos, sin exclusiones.

El individuo humano se constituye en persona en cuanto relación consciente, no meramente instintiva, con los demás individuos humanos constituidos también ellos personas. De modo que un mundo de personas es un mundo de mutuas y fecundas relaciones de unos con otros. Son las relaciones las que nos humanizan.

Ya sabemos que el camino de la humanización ha sido largo en la historia de nuestra especie. Comenzamos a humanizarnos cuando aprendimos a relacionarnos con los próximos (familia, grupo, tribu o pueblo) desde la mutua comprensión y colaboración; humanización aún

imperfecta, pues, nunca muerto el individualismo individual o de grupo, tenemos por ajenos a otros grupos que no consideramos “nuestros” y contra los que con harta frecuencia hemos luchado y luchamos.

Así hemos andado un largo camino de encuentros y desencuentros, de paz y de guerra; pero progresivamente cada vez más conscientes de que no era la guerra y la confrontación lo que nos humanizaba y nos “personalizaba” sino la justicia y la paz.

De esta manera hemos llegado al momento actual en el que todos somos “tangentes” y cada vez más “secantes” (insertos) unos con otros. Queremos decir que hoy todos, casi hasta físicamente, estamos tocándonos unos a otros, estamos entrelazados en nuestras vidas de muchos modos y maneras. La cercanía próxima en cuanto individuos de carne y hueso es ya insoslayable a escala mundial. Donde aún quedan muchos pasos por dar es el la cercanía que nace de las “relaciones personales conscientes”. La cercanía física sola nos resulta molesta, nos asfixia, y nos lleva a la confrontación. La cercanía personal nos abre al gozo de la vida y los bienes compartidos.

Y a este dilema nos ha llevado la evolución de la especie: o nos “humanizamos” y nos aceptamos todos como “personas” que comparten patrimonio y vida, o vamos a una guerra sin cuartel de individuos rabiosos que destruyen al hermano y, simultáneamente, a sí mismos. O la civilización del amor o la in-civilización del odio; porque la mera indiferencia hacia el otro ha sido barrida hoy por la historia. Hoy, repetimos, la indiferencia ya es odio que mata.

Cualquiera que nos siga, sabe que **nuestra esperanza está en que creemos en la capacidad de la persona humana para derribar los muros de separación entre personas, grupos o naciones.**

Pues si bien es cierto que en nuestro interior combaten las tendencias aislacionistas que nos llevan a considerar extraños e incluso intrusos a los demás y las tendencias que nos llevan a la apertura a los otros hasta considerarlos parte de nosotros mismos; sin embargo, porque sabemos que el amor crea el bien por donde pasa y el odio lo destruye, y porque, a pesar de todo, constatamos que la vida aún sigue y se regenera hasta en las más difíciles circunstancias, estamos convencidos de que es el amor el que

vence. **Se trata ahora de elevar la civilización del amor a cotas de universalidad, para que abarque a todos. En ello nos va nuestra vida de personas y, es más, la pervivencia de la especie.**

No somos tan ingenuos como para creer que construir la civilización del amor sea fácil. Experimentamos nuestras propias contradicciones internas y la oposición de quienes, ciegos, se niegan a ver los caminos de salvación de la humanidad y se aferran a sus corto-placistas ventajas. Pero estamos seguros de que el deseo de paz, de justicia y de fraternidad está tan profundamente arraigado en el corazón de la persona que la capacita para que ni siquiera la persecución y la muerte la detengan en su empeño.

Si se acierta con una adecuada pedagogía, la persona comprende que su realización pasa por la entrega a los demás y que se salva siempre por el bien que en los demás ha creado, y que el sentido más profundo de toda vida es el servicio a los demás, servir a los otros para algo. Solo cuando la persona se trasciende a sí mismo es él mismo. Siempre se salva en los otros y en el Otro que le liberan así de sus limitaciones.

No es ocasión ahora de profundizar en la antropología y en la metafísica para avalar lo que venimos diciendo. **Es cada uno quien debe fundamentar la sociabilidad y fraternidad humana desde dentro del ser constitutivo de su persona y no desde las leyes y convenciones advenidas a la persona desde fuera de ella misma** y que siempre son frágil soporte que se puede derribar o soslayar; aparte de que cuanto se le impone a la persona desde fuera acaba esclavizándola. La verdadera libertad nace de dentro cuando se descubre que consiste en liberarse de sus propias limitaciones para comulgar en el amor con los demás.

Todas las personas de buena voluntad, desde las convicciones más profundas de cada uno, debemos esforzarnos juntos porque nazca este ciudadano pacífico, justo, fraterno y solidario. Es, sin duda, la tarea más urgente e importante a la que nos encontramos en el amplio campo de la cultura.

Por eso nos horroriza en nuestro país la agria discusión de determinados ambientes, tanto creyentes como in-creyentes, en torno a la religión cristiana. En orden a rebajar la tensión en la medida que podamos y a llegar a un punto de encuentro en el tema que nos ocupa,

la creación del ciudadano universal, nos atrevemos a hacer unas cuantas preguntas a unos y a otros. Ante la grave situación en que nos encontramos no vale echar balones fuera y recurrir a la cantinela de “más eres tú” para eludir las responsabilidades propias.

A los creyentes. ¿Cómo es posible que, partiendo de una religión donde el amor a Dios y el Amor al prójimo están indisolublemente unidos, no aparezcan masivamente los cristianos en la vanguardia de la lucha por la justicia y por la paz y en la defensa de los pobres y excluidos?

¿Cómo se explica que en nuestro país, que pertenece al club de los ricos, la mayoría de los cristianos hayamos aceptado, sin que nos lo cuestionemos, el tono y el nivel de vida de las sociedades ricas, aún sabiendo que tal nivel está impidiendo el desarrollo de los pobres? ¿Sin el testimonio visible de una vida distinta, pueden los no cristianos entender que creemos de verdad lo que decimos creer?

Sin que nosotros neguemos el derecho de la Jerarquía a defender la vida humana en el momento de su concepción y en el de su muerte (faltaría más) **¿puede ser su voz suficientemente creíble si, frente a las muertes, guerras e injusticias que se cometen a lo largo de la vida de las personas, desde que están fuera del vientre de la madre, en nuestro país y en el mundo, no se muestra la misma claridad, la misma contundencia, la misma insistencia y el mismo compromiso?**

Les es lícito, desde luego, a los cristianos optar por distintas propuestas políticas y militar en distintos partidos, pero, si las exigencias del Reino de Dios y del Mandamiento Nuevo son prioritarias para ellos, ¿Por qué no examinan juntos la forma de llevar a la práctica tales exigencias cada uno desde donde están militando para confluir en el servicio a los últimos? ¿Cuál es para ellos lo absoluto, su ideario, su partido y sus intereses o las exigencias de la justicia y la solidaridad que su religión le pide?

A los no creyentes. ¿Por qué se condena en bloque lo que no se conoce en detalle? Es muy amplia y rica la religión cristiana en la persona de Jesús de Nazareth, su inspirador; en su doctrina; en la vida y la praxis de los seguidores fieles que a lo largo de los siglos han tratado de encarnar en su vida las consecuencias de lo que creyeron; en las obras e instituciones que desde ella se han puesto en marcha al servicio

de las personas; en el empeño por conservar a lo largo de la historia la pureza de una doctrina que constantemente está acusando la infidelidad de muchos de sus miembros en cada momento histórico.

Tal vez el mayor servicio a la humanidad, aun admitiendo la traición a este principio de las aberraciones inquisitoriales, he sido la defensa de la primacía de la conciencia por encima de las leyes. La sentencia de Jesús de Nazaret “El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado” y la de Pedro “Tenemos que obedecer a Dios antes que a los hombres”, ambas llevadas por muchos cristianos hasta las últimas consecuencias, son la expresión más acabada de la dignidad y la libertad humana. Ningún poder humano puede imponer a nadie lo que su conciencia y dignidad rechaza.

No son todo luces ni todo tinieblas en la vida de la Iglesia y de los cristianos. Nos atrevemos a proponer a los no creyentes que examinen las exigencias de la doctrina y praxis de Jesús de Nazaret en orden a la justicia, a la solidaridad-fraternidad y a la libertad-amor y nos ayuden a los cristianos a ser fieles a ellas; y al mismo tiempo nos propongan las exigencias que en orden a los mismos valores tiene la doctrina que profesan.

Si los cristianos en sentido inverso hacemos lo mismo en relación a los no creyentes, no cabe duda de que llegaríamos a encontrar muchos valores comunes desde los que construir el mundo fraterno a escala universal que la historia nos está exigiendo. No es hora de enfrentamientos que restan sino de acuerdos que multiplican los esfuerzos.

Pero decíamos más arriba: “Dos son los caminos de solución a la trágica situación del mundo: crecimiento interior de la persona humana y lucha contra las estructuras injustas para reemplazarlas por otras nuevas en consonancia con lo que hoy nos pide la situación de la humanidad”.

Sin embargo, se nos ha ido el espacio disponible en pergeñar algunas ideas sobre el primer punto. Queda abordar con amplitud el segundo, es decir, qué estructuras entendemos que han de cambiar y como pueden y deben cambiarse. Sin abordar este problema lo anterior corre el riesgo de quedar en mero idealismo. Lo trataremos, pues, sin falta en el próximo editorial.